

dad en sus resultados; en vano toma algunas veces sus apariencias; pues anonadando la autoridad de la razón, sin la cual se destruye toda idea de orden en su principio, sólo puede ir á dar á la más triste confusión. Otros, por el contrario, observando que el mundo, que las cosas en general serian para nosotros como si no existieran sin el pensamiento que las concibe, y que el pensamiento mismo no seria nada sin la conciencia, ó si no asistiese al ejercicio de sus propias facultades, si no fuese instruido de todo lo que pasa en él, sacan esta conclusion, que el conocimiento del *yo*, del sujeto pensante, es la base sobre que descansa todo otro conocimiento, y que para llegar á las verdades primeras, esto es, á la ciencia filosófica, hay que proceder no de fuera adentro, sino de dentro afuera, de la conciencia al alma, del alma al universo. Este segundo método, entrevisto por Sócrates, definido y propagado por Descartes, llevado hasta la última exageracion por Kant, ha recibido el nombre de método *psicológico*. Otros, en fin, se colocan igualmente sobre el mundo de la conciencia y el de los sentidos, del espíritu y de la materia, del alma y de la naturaleza. Esos dos objetos de nuestro conocimiento, irreducibles entre sí, é incapaces sin embargo, de bastarse á sí mismos, no son ya en tal convicción mas que formas diversas, manifestaciones paralelas ú opuestas de un sólo é idéntico principio, al mismo tiempo espiritual y material, extension y pensamiento. De aquí la necesidad de buscar inmediatamente en ese principio, en ese fondo idéntico é inmutable de toda existencia, la causa y la razón, la esencia y la ley de todos los fenómenos. En efecto, suprimidos los seres y las causalidades intermedias, y por consiguiente, las propiedades de esos seres, toda explicacion de los hechos intelectuales ó físicos, toda teoría del hombre ó de la naturaleza, debe sacarse de la idea de lo absoluto, y no puede ser más que una deducion ó un análisis de esta idea. Menester es, pues, que el hombre usurpe, por decirlo así, el lugar de Dios, que se atribuya su razón, la conciencia de su existencia infinita, y que en lugar de observar el universo, le construya *a priori*, le cree en cierto sentido, mostrando el orden en que necesariamente ha salido del seno del ser necesario. Ese desprecio de la experiencia, ese uso exclusivo del raciocinio y de las nociones *a priori* en el campo entero de la filosofía, hé aquí lo que caracteriza al método *especulativo*.

Semejante método fué el que practicaron ya los filósofos de Elea y de Megara, esos intrépidos razonadores, que sobre las ruinas amontonadas por su sutil dialéctica, no dejaban subsistir más nociones que las de la unidad y del ser. Después de haber tratado de negar y confundir la experiencia, quiso reemplazarla; al papel negativo que en sus principios habia representado, sustituyó un papel positivo, dogmático, y con ese carácter se le vuelve á hallar en la escuela de Alejandría, por debajo de las regiones abandonadas al misticismo. Pero en ninguna parte se ha ejercido con más atrevimiento y poder, en ninguna parte ha engendrado concepciones más vastas, más profundas, más dignas de admiracion que en los sistemas de Spinoza y de la escuela alemana. Allí es verdaderamente en donde la razón humana, como decíamos hace poco, se confunde con la razón divina, ó más bien, con Dios, se sustituye á El y considra la filosofía como la ciencia universal, como un regreso del principio de los seres sobre su propia existencia ó la conciencia que tiene de sí mismo.

Se habla también algunas veces de un cuarto método, designado bajo el nombre de *tradicional*, y que consiste en pedir á la tradicion, á la santa Escritura, los principios más esenciales de la metafísica y de la moral, para desarrollarlos en seguida ó para explicarlos con ayuda del raciocinio y de la observacion. Este procedimiento, á pesar de los defensores con que ha contado en Francia, no puede ser propuesto seriamente como método filosófico; porque tradicion y filosofía son dos cosas tan diferentes, como creer y saber, como razón y autoridad. Si la filosofía en la esfera que le pertenece, no es completamente libre; si no depende únicamente de nuestras facultades intelectuales y de las leyes que el espíritu humano tiene de su propia naturaleza; si no es, como hemos dicho, la más alta aplicacion de esas facultades y de esas leyes, cesa de existir. Que en cierta época, como en la de la escolástica, y bajo una forma tan precisa como el silogismo, sea considerado semejante compromiso como transicion útil, se comprende sin trabajo; pero apreciado en sí mismo, y mantenido en la extension que se ha tratado de darle, no es ménos incompatible con la fe que con la razón; porque ¿qué es lo que puede asegurar que la explicacion no matará al dogma, que el comentario no destruirá el texto? No faltarian por cierto ejemplos que justificasen semejante sospecha. Quedan, pues, los tres métodos que hemos expuesto, y entre los cuales nos vemos obligados á escoger si no logramos conciliarlos: el método empírico, ó para servirnos de los términos generalmente adoptados, la experiencia de los sentidos tomada por única base de la verdad filosófica; el método psicológico, ó sea la experiencia interna, la apercpcion de conciencia dada por fundamento á las demás operaciones del pensamiento; y en fin, el método especulativo, ó sea el exclusivo empleo del raciocinio ó de la razón pura.

De estos tres métodos, el primero es sin contradiccion el ménos fundado en principio, y el ménos sostenible en sus consecuencias. ¿Qué hay más arbitrario, en efecto, cuando se examina de cerca la cuestion, que apelar desde luego á los sentidos para analizar y explicar la inteligencia y el principio mismo de que aquella no es más que un atributo, es decir, el ser pensante, el alma con todas sus facultades? Los sentidos no se aplican más que á un solo orden de existencias ó de fenómenos, á los fenómenos, á las existencias que están fuera de mí, que ocupan un lugar determinado en el espacio; pero yo no me conozco, no me apercibo sino por la conciencia ó la propiedad que tiene el ser pensante, el espíritu, de replegarse sobre sí mismo, de saber lo que es y cómo es. Sin esta propiedad, el pensamiento no existe ni nos presenta absolutamente nada de que podamos formarnos idea; porque no se piensa sin saber lo que se piensa. Antes, pues, de explicar la inteligencia por algún hecho exterior, sepamos lo que ella es, interroguémosla á ella misma; ántes de buscar fuera de nosotros el origen, los elementos y el principio de nuestra existencia, descendamos dentro de nosotros y observemos sin preocupacion todo lo que allí se encuentra. Más todavía; mientras no se haya hecho su inventario; mientras no hayamos visto claro en la naturaleza de nuestro espíritu, é ignoremos bajo qué condiciones, en qué límites y por qué medios alcanza la verdad, no estamos autorizados ó creer en el mundo exterior, ó creerémos con la fe del carbonero, no con la del filósofo. Esto consiste en que hay otra cosa en la percepcion de los sentidos, á más de un hecho material y sensible; hay la idea de espacio, sin la cual no habria extension; hay la idea

vida, no son más que determinaciones diversas del pensamiento, grados sucesivos de la razón, de una razón que no se conoce y que á nadie pertenece. Pero mientras más químérico es el fondo, más se procura alucinarse por los severos artificios y el rigor didáctico de la forma. De aquí ese aparato de definiciones, de axiomas, de proposiciones, de demostraciones, de corolarios, de escolios, que Spinoza llama el método geométrico, y esa cadena inacabable de términos que se dividen para reconstruirse, y se construyen para dividirse á la que ha dado Hegel el nombre de dialéctica inmanente. Sin embargo, considerando de cerca esa alquimia metafísica que hace salir todas las cosas de la *idea* (palabra de que se sirve el filósofo alemán), no es más fundada que el procedimiento de Condillac, que saca de la sensación todas nuestras facultades; con la diferencia de aspirar á más alto y remover más cuestiones, siendo más atrevida y más sabia.

Las mismas razones que retiran nuestra confianza del método empírico y del método especulativo, sirven para fundar la autoridad del método psicológico. Efectivamente, sólo la conciencia, tomada por punto de partida de la filosofía, puede al mismo tiempo salvarnos de un sensualismo estrecho, necesariamente ocasionado al escepticismo, y de un idealismo químérico en que todo se disuelve en abstracciones. Pero no basta interrogar esa preciosa facultad; menester es saber escuchar sus declaraciones, aceptar los hechos que nos presenta, en el orden y estado que nos los presenta, evitando mutilarlos, aislarlos y confundirlos. Ahora, la conciencia se forma de tres distintos elementos, el personal, el activo, y el universal ó absoluto. El primero, ó para hablar con más exactitud, el atributo distintivo, el signo característico de la personalidad, es esa propiedad del pensamiento para replegarse sobre sí mismo y percibir sus propias operaciones, que nos permite decir *yo pienso*, y por consiguiente *yo existo*, al ménos como sujeto pensante, ó para servirnos de las expresiones de Descartes, como *cosa pensante*. El elemento activo es la voluntad que cae juntamente con el pensamiento bajo la percepción de la conciencia, y sin la cual, el sujeto del pensamiento, el *yo*, no sería todavía más que una inteligencia personal, un espíritu, no un alma. En fin, el elemento universal son las ideas de la razón ó los principios *a priori* que nos fuerzan á elevarnos de lo que está en nosotros á lo que está fuera y encima de nosotros, del fenómeno á la sustancia, del efecto á la causa, de lo contingente á lo necesario, de lo relativo á lo absoluto, etc. No hay verdaderamente en la conciencia más que esas tres cosas que le pertenecen, y que saca en cierto modo, de su propio fondo: porque la sensación es como una materia que recibe de fuera, pero que no conserva siempre y que no llega á su conocimiento sino cuando le aplica su actividad. Trátese de separar estos elementos, ó lo que viene á ser lo mismo, de reducirlos uno en otro, y al punto cesan de existir, no pudiendo ya concebirlos nuestro espíritu. Así, no se imagina que la personalidad, expresada por estas dos palabras: *yo pienso*, ó la conciencia tomada en un sentido estrecho, pueda manifestarse en alguna parte si no se piensa en efecto, ó si no se hace algun uso de las ideas fundamentales, de las leyes universales de la razón: porque, ¿qué, sino esto, es lo que se llama pensar? Por otra parte, no se comprende mejor, como lo hemos ya observado, que el pensamiento pueda ejercitarse sin que se sepa que se piensa; que haya ideas, juicios, raciocinios que no pertenecen á ninguna inteligencia determinada, que no se encuentran en ningun es-

píritu. En fin, por más que diga el autor del *Discurso del Método*, no somos sólo un espíritu ó una cosa pensante. Lo que la personalidad ó la conciencia es respecto de la razón, la razón determinada en un *yo*, en una inteligencia ó en un espíritu, es respecto del principio activo: queremos decir que todo espíritu, toda inteligencia, es necesariamente el espíritu, la inteligencia de alguien, ó de un principio más real, más sustancial, más eficaz: porque el espíritu se limita á concebir, á representarse las cosas; no las *hace* lo que son. Ahora, ¿qué queda de mí, cuando se hace abstracción de la conciencia y de la razón? Queda la fuerza por la cual señalo mi lugar y soy contado entre los seres, la fuerza por la que obro, en una palabra, la voluntad. La voluntad es mi sustancia, es el fondo de mi sér; porque ser y obrar, sustancia y fuerza, son una misma cosa. Por otra parte, yo percibo tan directamente mi voluntad como mi inteligencia, puesto que no puede ejercitarse la una sino con el concurso de la otra; suponiendo necesariamente toda operación de la inteligencia un acto de atención, es decir, de voluntad, y comprendiendo todo acto de voluntad, por lo ménos, la conciencia del que quiere y la idea de lo que quiere.

Así, el método psicológico, sin exponerse al desfallecimiento del raciocinio, ó á los errores de una larga y laboriosa experiencia, por una simple contemplación del espíritu vuelto sobre sí mismo, me pone desde luego en posesión del mundo real; porque de seguro nada hay más real que yo, nada imagino que me pueda ser mejor conocido y cuya existencia sea más evidente, que una fuerza inteligente y libre que soy, que percibo á la vez y por un mismo acto del pensamiento, en sus operaciones y en su principio. Pero de que me vea obligado á buscar desde luego la verdad en mí, no se sigue que no pueda encontrarla fuera del círculo de mi conciencia; por el contrario, mientras más atentamente me observo, mejor reconozco, con el elemento personal y activo de mi naturaleza, un elemento universal, es decir, la razón. Por ser conocidos de mí los principios de la razón, y por encontrar en mí su aplicación, no dejan de existir como el fondo necesario de todo pensamiento, como las condiciones universales de toda existencia. Mucho más; como no se aplican en mí sino á un sér perfectamente real y determinado, no puedo igualmente trasportarlos fuera de mí sino á seres perfectamente reales y distintos unos de otros. Tomemos por ejemplo la noción de causa. Como yo soy una causa verdadera, activa, viviente, no puedo referir fuera de mí la misma idea sino á una existencia análoga, pero más ó ménos desarrollada, de una naturaleza superior ó inferior á la mía, según los efectos que le atribuyo. La causa primera, el sér infinito, será necesariamente á mis ojos el más alto grado de la libertad, de la conciencia, de la actividad y de la vida; debajo de mí, en la naturaleza, esos caracteres se irán disminuyendo y menoscabando hasta no quedar más que las fuerzas ciegas de la materia. El método psicológico puede, pues, alcanzar todas las existencias, sin aislarlas ni confundirlas. Del seno de la conciencia, después de haber asegurado al alma su existencia, su individualidad, su libertad, entra en el mundo exterior, continúa sus observaciones en la historia, y emprende el vuelo hácia el infinito, barriendo delante de sí los negros fantasmas del escepticismo, del fatalismo y de la identidad absoluta.

(Concluirá.)

de causa, sin la cual no iríamos á buscar en la extension fuerzas distintas de nosotros, es decir, cuerpos que expliquen nuestras sensaciones; hay la idea de sustancia, sin la cual no habria en los cuerpos unidad ni duracion. Suprímense todos esos elementos que la percepcion toma de la razon, del sujeto pensante, del yo, y que sólo la conciencia puede apereibir, y no quedarán más que impresiones fugitivas y desprovistas de todo vínculo, de toda significacion, que no podrán referirse ni al espíritu, ni á la materia, ni al alma, ni á la naturaleza; sombras sin forma y sin nombre. Así, la historia que no es á menudo más que la lógica en accion, nos enseña que el sensualismo ha acabado siempre por el escepticismo. Todos los argumentos de los escepticos antiguos, desde Protágoras hasta Carneades y Enesidemo, pueden deducirse de la suposicion que coloca en los sentidos el origen de todos nuestros conocimientos, y que señala el principio de toda idea en una imágen impresa en nuestro cerebro. Lo mismo sucede con el escepticismo moderno. Su intérprete, más elocuente y atrevido, es un discípulo de Locke. Todas las objeciones de Hume contra las nociones de causa y poder, reposan en la doctrina que hace salir de la sensacion y de la reflexion todas las facultades de nuestro entendimiento, y sabido es á dónde van á parar esas objeciones: á la duda y á la confusion universales; porque con la nocion de causa desaparece igualmente el principio de induccion, esa fuente de todo orden y de toda luz en la experiencia. Tal es el resultado lógico del método que busca en los sentidos el origen y principio del pensamiento.

El método empírico admite la experiencia sobre una base de tal manera estrecha, y con medios de tal manera limitados, que la reduce á una completa impotencia; el método especulativo trata de suprimir la experiencia enteramente. Tan quimérico es el uno como el otro; porque sea que proceda por deducion, á la manera de los géometras, *more geometrico*, como en el sistema de Spinoza, ó por oposicion y conciliacion, por antítesis y síntesis, como en la dialéctica hegeliana, el método especulativo es siempre el mismo; se coloca desde luego en el seno de lo absoluto, mostrándonos que en esa sola idea se comprenden todas las otras, que todas salen de allí, que todas vuelven, confundiendo esa identidad lógica con la de las cosas. Ahora, nosotros tenemos derecho para preguntar á los que preconizan ese sistema: ¿En qué os fundais para hablar de lo que es en sí y absolutamente, cuando no os conceeis á vosotros mismos? ¿Cómo sabeis que tal cosa existe? Responderán que el sér en sí existe por el mero hecho de que puede ser pensado, lo que expresa Spinoza por estas palabras: "La idea de la sustancia implica necesariamente la existencia;" lo que Hegel, más atrevido y más sistemático, traduce de la manera siguiente: "El pensamiento y el sér son idénticos; todo lo que está en la razon está en la realidad, y todo lo que está en la realidad está en la razon." Pero volvemos á preguntar: ¿De qué sér, de qué pensamiento se trata? ¿Dónde habeis encontrado esa idea de sustancia; cómo habeis llegado á concebir esa razon y esa realidad de que hablais? En efecto, comprendemos que se nos hable de tal ó cual sér, por ejemplo, de los cuerpos, del alma humana, de Dios; ó de un pensamiento de que tenga perfecta conciencia, que existe en alguna parte, que pertenece á alguien; pero nadie concibe lo que es el sér ó el pensamiento en general. Todo sér tiene atributos, infinitos si se quiere, cuando se trata del Sér infinito, pero determinados y que sólo á él pertenecen. Todo pensamiento, y por

consiguiente, toda idea se manifiesta en una inteligencia, en un espíritu, y todo espíritu tiene conciencia de sí mismo; porque precisamente por esto, merece su nombre. En cuanto á la razon y á la realidad, no son más que nombres diferentes del pensamiento y del sér: el pensamiento, considerado en sus elementos universales y necesarios, hé aquí lo que se llama la razon; el sér, considerado como objeto del pensamiento y distinguido de los fenómenos que le anuncian á los sentidos, de las formas que pasan, hé aquí lo que se llama la realidad. La razon no puede existir sino en un sér racional; la realidad en un sér real; y si no supiera que yo mismo soy un sér semejante, ¿de dónde me habria venido su idea? ¿A quién habria venido? El método especulativo es, pues, un método puramente verbal, puramente algebraico; reposa sobre abstracciones que no corresponden á nada real, ó sobre signos que verdaderamente no representan ninguna idea. El sér en general y el pensamiento en general, son signos de esta especie; porque ¿cómo discernir en nuestro espíritu lo que no tiene ningun carácter, ningun atributo distinto, como esa sustancia de Spinoza, que no tiene más que la existencia, ó ese sér puro de la escuela alemana, asimilado con razon á la pura nada? ¿Quién podrá ver alguna vez otra cosa más que una palabra en el pensamiento abstracto, tal como nos le muestran esos mismos sistemas, ántes que se manifieste bajo la forma de la razon y la conciencia, es decir, un pensamiento que no piensa?

Una vez fuera de la realidad, es decir, de la experiencia, no se encuentra más que lo arbitrario: tal es tambien el vicio fundamental del método especulativo, bajo cualquier forma que se presente. Desde luego, como acabamos de mostrarlo, no puede justificar sus principios, no puede decir de dónde los tiene ni disentir su valor; porque semejante tarea es imposible cuando se comienza por colocarse en cierta manera sobre sí mismo y su propia inteligencia; cuando en lugar de hablar en nombre de la conciencia y de las facultades limitadas del hombre, se les sustituye la razon y el sér universales. Pero no es esto todo: no teniendo en cuenta el método especulativo mas que una sola facultad, el pensamiento, porque es la sola que se presta á sus exigencias y que encierra la nocion de lo absoluto, está obligado á hacer entrar en ella todas las cosas, á hacer de ella la sustancia y la forma de todo lo que es, ó á explicarnos como hechos intelectuales, á representarnos como ideas, como operaciones del pensamiento, los fenómenos más diversos del alma y del pensamiento. Esto es precisamente lo que se esfuerza á hacer en todas las doctrinas que ha dado á luz, desde Plotino hasta Hegel. Y si se objeta que Spinoza reconoce la extension como un atributo paralelo al pensamiento, haremos notar que esa extension puramente inteligible, contenida en la nocion abstracta de sustancia, no es en sí mas que una idea abstracta, cuyas diversas determinaciones nos representan la materia y los cuerpos. Así ha podido decir el autor de la *Ética* (\*) que la idea del cuerpo y el cuerpo mismo no son mas que una sola cosa, igualmente que la idea del alma y el alma misma. Ahora bien, concíbese que una vez en lucha con esta necesidad no es posible evitar lo arbitrario, dejándose ir á crear, ó como se ha dicho, á *construir* el mundo que nuestro principio exige; así es como el orden moral, el deseo, la voluntad, las pasiones, el dolor, el placer; en el orden físico, la atraccion, la afinidad electiva, la organizacion, la

(\*) Part. 2<sup>a</sup> prop. 13 y 21.